

Sobregiro Presupuestario

Mal sin Remedio

POR LORENZO MEYER

ES desesperante conocer el origen del mal pero no su cura: el mal a que me refiero es el presidencialismo, ¿pero cómo deshacernos de él? La semana pasada el debate político se centró en el examen de la cuenta pública del último año de José López Portillo. El dictamen que se presentó al respecto señaló la existencia de un sobregiro de 1.57 billones de pesos. En realidad esto no es nuevo, los orígenes del gasto excesivo se encuentran en el inicio del "estado activo" cardenista.

En 1937 la diferencia entre el presupuesto proyectado y el que realmente se ejerció fue del 43.7%; con la euforia de la bonanza económica de la guerra mundial la cosa no cambió y en 1945 la diferencia fue del 56.6%. López Mateos quiso compensar la renuencia empresarial a invertir y en 1960 se sobregiró en una cantidad equivalente al 96.6% del presupuesto aprobado. Así pues, el sobregiro del 50.7% de 1982 es, en cierta medida, normal. Lo nuevo no es el hecho sino su magnitud; los presupuestos de antaño eran modestos, tanto en términos relativos como absolutos, pero los que surgieron de la "bonanza petrolera" no. Por ello, mal manejado, el gasto público tuvo efectos terribles.

★

LOPEZ Portillo es ya un cartucho quemado. Su único uso para el gobierno actual es servir de blanco para que la ira popular descargue en él su frustración. Eso ex-

plica que un Congreso dominado por priistas haya dictaminado que la forma como la administración anterior gastó los dineros públicos fue irresponsable.

pues: "...redujo su productividad (del gasto público)... se propició su derroche, se relajó la disciplina, hubo deshonestidad en su ejercicio y se divorció de las prioridades del desarrollo nacional".

Bien por los diputados, pero ¿de qué nos sirve ahora esta condena si no se toma ninguna providencia para evitar que el desastre vuelva a ocurrir? Lo triste de esta historia de irresponsabilidad fiscal y política es que, en realidad, no se ha hecho nada para evitar que se repita.

En teoría, nuestro Congreso debería ser el atento vigilante de la forma en que el Ejecutivo gasta nuestro dinero, pero es de todos sabido que, en tanto que poder independiente, el legislativo simplemente no existe. Si ahora los diputados de la mayoría condenan a López Portillo no es porque tengan una actitud de reafirmación de su autonomía, sino porque esa es la línea que les ha marcado el actual Presidente, nada más. De los poderes locales —gobernadores y municipios— tampoco se puede esperar nada, pues éstos son meros administradores de las decisiones del Ejecutivo, excepto por los pocos ayuntamientos en poder de la oposición.

EL deber principal del gobierno local a ojos del centro es mantener su región en paz; la soberanía de la que hablan las constituciones locales no ha pasado de ser una piadosa mentira. La única independencia a nivel regional es la lograda por los caciques; esa no es deseable y también tiene sus límites. Quizá, diría alguien, los señores secretarios —tan preparados, tan técnicos algunos de ellos— pudieran servir de barrera de contención a políticas presidenciales desatinadas o francamente absurdas, pero en realidad es pedir un imposible, pues su arma última frente al Presidente —cuando el convencimiento falla— es la renuncia y, salvo Carlos Tello, ninguno ha puesto su convic-

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Sobregiro Presupuestario

Segue de la Página Siete

ción por sobre su conveniencia.

En nuestro sistema se considera que la virtud principal de todo miembro de la clase política priista es la obediencia, por encima de la convicción y la conciencia. Por ello, mientras la institución presidencial siga siendo la única e inapelable fuente de las decisiones políticas sustantivas, no tendremos garantía de que las irresponsabi-

lidades del lopezportillismo no se vuelvan a repetir en lo futuro. Al principio de cada sexenio, la mayoría de los presidentes han dado la impresión de ser personas sensatas, pero desgraciadamente no todos han mantenido esa imagen hasta el final. La única forma de prevenir, y no sólo lamentar, la deshonestidad, el derroche y la incompetencia que caracterizaron al sexenio pasado —y a otros anterior-

res— sería poner límites más o menos reales a los enormes poderes del Presidente; pero eso sólo puede ocurrir si hay una oposición sustantiva. Desafortunadamente, dada la forma como se han hecho las últimas elecciones locales, todo indica que si buscamos un juego electoral limpio y abierto, más vale que nos sentemos y nos pongamos cómodos... ¡pues vamos a tener que esperar mucho!